



Anuario de

Psicología

The UB Journal of Psychology | 52/1



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

AUTORES

Nikolas Olekszechen
nikolas.oleks@gmail.com
Universidade de São Paulo, Brasil

Gustavo Martineli Massola
gustavomassola@usp.br
Universidade de São Paulo, Brasil

Este trabajo fue realizado con el apoyo de la
*Coordenação de Aperfeiçoamento de Pessoal
de Nivel Superior - Brasil (CAPES) -
Código de Financiación 001.*

Anuario de Psicología
N.º 52/1 | 2022 | págs. 90-96

Recibido: 9 de diciembre de 2020
Aceptado: 28 de febrero de 2021

DOI: 10.1344/ANPSIC2022.52/1.11

ISSN: 0066-5126 | © 2022 Universitat de Barce-
lona. All rights reserved.

Narrativas de un despla- zamiento (o “una cartografía del intangible”)

Nikolas Olekszechen, Gustavo Martineli Massola

Resumen

Desde una narrativa de viaje, establecemos un paralelismo entre viajar e investigar para definir la deambulación como método. Se trata de un trabajo teórico orientado por el paradigma de las nuevas movi- lidades. Analizamos el significado de viajar desde la perspectiva de quienes se mueven. Partimos de la mirada de alguien que se lanza a lo desconocido anticipando lo que encontrará al final del viaje hacia la perspectiva del cartógrafo, el que guía sus acciones mientras explora el entorno. Con la metáfora turística, enfatizamos que la investigación sobre movilidad produce importantes tensiones teórico-epistemológicas para la psicología social, cuestionando la naturaleza del objeto de estudio y considerando al investigador como una fuerza en el campo. Finalmente, afirmamos que la investigación requiere desplazamiento, y una contribución importante de este marco a los estudios de psicología social y persona-ambiente es que la condición para la producción de conocimiento en movilidad es la transformación del campo y la perspectiva del investigador.

Palabras clave

Movilidad, método, desplazamiento, estudios persona-ambiente.

Frases o highlights

- Cuando el método falla, surge la oportunidad de ponerlo en funcionamiento.
- El extranjerismo y la pertenencia al entrelugar fundan la realidad, y la vida en los lugares no se aleja de la posición del/de la investigador/a.

Narratives d'un desplaçament (o "una cartografia del que és intangible")

Resum

Des d'una narrativa de viatge, establim un paral·lelisme entre viatjar i investigar per definir la deambulació com a mètode. Es tracta d'un treball teòric orientat pel paradigma de les noves mobilitats. Analitzem el significat de viatjar des de la perspectiva dels qui es mouen. Partim de la mirada d'algú que es llança a allò desconegut anticipant allò que es trobarà al final del viatge i avancem cap a la perspectiva del cartògraf, qui guia les seves accions mentre explora l'entorn. Amb la metàfora turística, emfasitzem que la investigació sobre mobilitat produeix importants tensions teóricoepistemològiques per a la psicologia social, fet que qüestiona la natura de l'objecte d'estudi i considera l'investigador com una força en el camp. Finalment, afirmem que la investigació requereix desplaçament, i una contribució important d'aquest marc als estudis de psicologia social i persona-ambient és que la condició per a la producció de coneixement en mobilitat és la transformació del camp i la perspectiva de l'investigador.

Paraules clau

Mobilitat, mètode, desplaçament, estudis persona-ambient.

Narratives of displacement (or "a cartography of the intangible")

Abstract

Starting from a travel narrative, we draw a parallel between traveling and research in order to define wandering as a method. It is a theoretical work guided by the framework of the new mobilities paradigm. We analyze the meaning of traveling from the perspective of the one who moves. We start from the gaze of someone who launches into the unknown, anticipating what is going to be found at the end of the journey to the perspective of the cartographer, the one who guides his actions as he explores the environment. The tourist metaphor emphasizes that researches on mobilities produces important theoretical-epistemological tensions for social psychology, questioning the nature of the object of study and considers the researcher as an active force in the field. Finally, we state that research requires displacement, and an important contribution of this framework to social psychology and people-environment studies is that the condition for knowledge production on mobilities is the variation of the field and of the researcher's gaze

Keywords

Mobility, method, displacement, people-environment studies

SALIDAS (¿O LLEGADAS?)

Encuentro entre dos marroquíes. Conversación inaudible entre susurros. El que está sobre la motocicleta recibe algo de manos del otro y acelera en dirección opuesta a la que vino, mientras el otro permanece, mira a ambos lados y camina aparentando tranquilidad. La operación dura un máximo de quince segundos y ahora sólo quedan sus residuos, humo y ruido del motor del scooter rasgan el paisaje y se disipan en tiempos y densidades diferentes.

La niebla que se desvanece muestra el primer perfil de la ciudad. Estrecho. Las paredes de las construcciones se perfilan y parecen estrecharse en las partes más altas, casi cerrándose en un inmenso corredor recortado por una variedad de otros corredores, callejones, callejuelas, desafiando cualquier lógica urbana de un lugar civilizado. Por fuera, las construcciones aparentan estar autoconstruidas: dos o tres pisos con acabados rudimentarios, mezcla de materia vegetal y arcilla, puertas tan bajas que apenas permiten la entrada de un niño. Las paredes y el suelo tienen el mismo color marrón cobrizo que componen un paisaje desértico en general. Temperatura: 30° C y todavía es invierno. ¿Qué vida es posible allí?

Estricto. Cada uno de esos elementos componen de manera precisa un complejo paisaje de olores, texturas e intensidades que se encuentran, se multiplican y se propagan en la experiencia del lugar. De puertas para

afuera, la dinámica de lo visible. Personas blancas, negras, marrones, del mismo color de la tierra, cubiertas, descubiertas, sudadas, caminan a un ritmo frenético. En los umbrales, donde toda esa gente se apiña, los locales abren sus lugares, ponen en la calle toda la gama de manufacturas, baratijas brillantes, pedazos de buey y especias para que los transeúntes aprecien el exótico espectáculo. Voces en todos los idiomas dan ritmo a las negociaciones, gritan, llaman al comprador de vuelta para el embate por el precio final, los gatos pasan gordos y lentos de un rincón a otro, aquellas motocicletas ruidosas, montadas por una, dos, tres personas, dan el timbre a ese *ballet* desenfrenado a ritmo de bereber. A media tarde, pausa para la oración.

Estrato. Capas... la tesitura y la profundidad de la experiencia son producidas y captadas desde una mirada determinada. Turista, extranjero... o sea como sea que se quiera nombrar. Es desde un punto de vista singular, del ojo que ve y de la piel que siente, que se vive una experiencia. Guías de viaje, fotos, mapas, recomendaciones de blogs... siempre habrá algo que se escape.

Mirar es un acto marcado social e históricamente, producido por la tensión entre opuestos. La particularidad de la mirada del turista se da en su contraposición al no-turista, al local, en el contraste con las prácticas culturales, en las formas de organizar el tiempo, el espacio,

las actividades domésticas y el trabajo (Urry, 2002). En ese sentido, el turista ve lo exótico en la experiencia del otro, la diferencia, aunque a menudo no reconozca la suya. Mirar no es un acto neutro. Se estratifica desde la perspectiva de clase, raza, etnia, género.

Este relato de viaje actúa como metáfora para poner en función una inspiración metodológica de la investigación de movilidades que pueda reverberar en la psicología social. Desde la perspectiva del turista, ampliamos la lectura para otra dimensión de esta experiencia, la del extranjerismo y la errancia. Por tanto, la metáfora del viajero servirá como figura metodológica que dará acceso a una dimensión de la realidad constituida a sí misma por la movilidad.

¿Qué está en juego cuando se pretende conocer un objeto en movimiento? En busca de la fiabilidad del saber científico (o de la autenticidad de la experiencia local) destacamos la errancia como estrategia de producción de conocimiento en las ciencias sociales y humanas, en tensión con tradiciones teóricas, epistemológicas y metodológicas de los estudios persona-ambiente a fin de contribuir al debate en el campo de las movilidades. Bajo el aporte del paradigma de las nuevas movilidades (Sheller y Urry, 2006), apostaremos por la trayectoria teórico-narrativa para trazar paralelismos entre viajar e investigar. Dicho referencial se organiza como una herramienta para comprender las transformaciones de las relaciones en un mundo global y desterritorializado, en el que el flujo de cuerpos, ideas y mercancías se define a partir de relaciones de poder globalmente distribuidas. Además, se basa en la idea de que la movilidad se produce en las relaciones cotidianas y se expresa como movimiento potencialmente observable en la realidad, y puede ser experimentado, incorporado y representado por los sujetos móviles (Cresswell, 2006).

El argumento se desarrolla en tres momentos. Primero exponemos la posición del que se mueve anclado en procedimientos conocidos, asegurando la previsibilidad en lo que se encontrará al final del viaje. A continuación, exploramos algunas iniciativas para incorporar referenciales móviles en los estudios persona-ambiente que, aunque busquen integrar otros métodos y conceptos en la maleta, reproducen la postura del viajero contenido, que se mueve dentro de un margen de error, moviéndose con seguridad hacia el destino final. Finalmente, como una crítica a las posturas anteriores, presentamos la cartografía como una alternativa metodológica para dar cuenta de los impasses de la producción de conocimiento en movilidades, tensando los límites sujeto y objeto, investigar-sobre y hacer-con.

Preparativos (o “sobre hacer las maletas”)

Salir de viaje no es empresa fácil. Investigaciones previas, experiencias de conocidos y/o expertos, guías de viaje, información sobre los puntos turísticos, lo que hacen los

nativos, dónde ir, cómo llegar a los lugares. El turista es un ser clavado en el mundo incluso cuando, en busca de lo exótico, anhele lo intangible. Viajar es habitar un no-lugar, siendo eso lo que lo convierte en un extranjero, o “de fuera”: sabiéndose desplazado de su hábitat natural, busca una isla de tranquilidad donde pueda sentirse “en casa”. Al menos esa es la promesa de algunos hoteles y agencias de la industria turística para captar clientes.

Así como la preparación para viajar, esbozar un plan de investigación requiere al menos duda o preocupación respecto al funcionamiento de la realidad. Las incursiones iniciales pueden incluir acercamiento a la literatura, técnicas para acceder a un objeto de estudio, herramientas analíticas. Esa etapa nos puede librar de algunos prejuicios o repetición de trabajo, por ejemplo deducir la relevancia y la justificativa de la investigación, las lagunas teóricas.

Mientras tanto, el hacer científico conserva su especificidad. El método científico permite que el conocimiento producido se destaque de otros saberes y se consolide, en la historia moderna, como modo hegemónico de conocimiento. Hay, por parte del científico, cierta postura de interrogador, como alguien que desconfía de las apariencias y cuestiona el ser de las cosas. Para responder a las preguntas es necesario seguir el camino correcto, escoger herramientas, predecir el siguiente paso para que el conocimiento derivado de esos procedimientos sea lo más fidedigno posible. El análisis científico se da en un contexto rígido y preciso, se desarrollan herramientas cada vez más acuradas para mantener el rigor y el control. La observación sistemática, que indica lo primado de lo empírico en la elaboración científica, permite el acceso a datos precisos y objetivos. Desde la perspectiva de la cuantificación, reside en el acto de mirar (neutro, distanciado) la posibilidad de extraer alguna confiabilidad del saber producido, lo que garantiza su replicación (Guba y Lincoln, 2002).

Otro fundamento de la actividad científica es la delimitación de un fenómeno. La observación de la regularidad de la naturaleza permite diseccionar, analizar, derivar leyes y predecir estados futuros. No obstante, ¿cómo el método científico definido en estos términos puede lidiar con lo fugaz, con aquello que está aquí hoy, no está mañana y vuelve una vez más pasado mañana (Law y Urry, 2004)? El trabajo bajo el referencial de las movilidades pone un impasse a ser resuelto en términos ontológicos y metodológicos, pues la investigación de fenómenos que son constituídos por la movilidad reivindican otras posturas ante la realidad y otras estrategias para abordar los fenómenos investigados.

Sobre el margen de error

Con las maletas listas, nos lanzamos a la misión de conocer. A la mano todos los artefactos compilados con antelación para no ser sorprendido durante el viaje. Desde el

avión, a punto de aterrizar en suelo extranjero, la vista del sobrevuelo sobre la ciudad da la impresión de una masa dispersa y fea. Se confirman algunas expectativas iniciales: paisaje sucio, tráfico caótico, niebla marrón, lenguaje incomprensible. Durante los primeros pasos intercambiados por las calles, el circulito azul del *Google Maps* entra en colapso: la principal herramienta de navegación en el terreno desconocido da vueltas y vueltas mientras yo permanezco parado. Perderse es cuestión de tiempo.

Del punto de vista conductual, moverse puede ser entendido como estrategia adaptativa en la evolución humana, luchar o huir. Sin movilidad no vamos muy lejos. La movilidad es constitutiva del proceso vital y está relacionada a aspectos como necesidades, motivaciones, esperanzas y limitaciones. Hay una condición subjetiva que es estar en movimiento y esa misma condición convoca al individuo a acceder al espacio público, este que “se presenta, *a priori*, como espacio de convivencia, despertando percepciones y representaciones en aquellos que en él transitan” (Cavalcante et al., 2018, p. 144, traducción propia).

Una diferencia importante se señala: por un lado un sujeto que se mueve y por otro el espacio en el que se mueve. En ese caso, el sujeto, que en los estudios persona-ambiente suele ser uno de los polos de la relación, corresponde al sujeto psicológico, dotado de una vida biológica y simbólica, que produce y comparte significados en relación al ambiente en el que vive. En la perspectiva del comportamiento humano, la movilidad se articula con variables como espacio personal y privacidad para reforzar el distanciamiento de los polos a favor de una estrategia de supervivencia.

Del prototipo de ser humano que se comporta para resistir al avance del otro, parece que el ambiente es su negativo, aquello que sobra. Algo que puede existir concretamente o puede ser remitido por la memoria y por los significados, objeto de los procesos psicológicos. En términos de las relaciones persona-ambiente, el polo persona domina el ambiente, lo posee, se apropia de él al punto de decir que “es mío” o “nuestro”. El lugar como recorte de dimensiones geográficas y simbólicas, es objeto de apropiación, identificaciones, apego, afectos, significados, individuales o compartidos.

En esa perspectiva, la movilidad busca rescatar otros tiempos y espacios en los que se podía gozar del ambiente, caminar de forma tranquila, ver la vida pasar. El caminar vagaroso y contemplativo sería una estrategia de re-conectar, re-conocer, re-establecer el contacto con el ambiente, con énfasis en el prefijo “re”, en el sentido de recuperar algo que ya existió, se perdió y hoy falta. Sin embargo, parece que la ciudad contemporánea ya no conlleva la lentitud pues su ritmo es apresurado.

En el intento por resolver el impasse de la producción de conocimiento en las ciudades contemporáneas, la figura metodológica apuntada como estrategia para capturar la movilidad es la deambulación (Cavalcante et al., 2018), práctica que desafía el orden arquitectónico y propone

el sinsentido como guía estético de la ciudad. Desde su concepción por el movimiento situacionista de 1950, la deambulación se guía por la radicalidad estética del acto de caminar, cargado de crítica a la producción del espacio, pues lanza luz hacia los lugares olvidados de la ciudad.

Diferente a los situacionistas, la apropiación psicoambiental de deambular parece privilegiar una postura mental al relacionarse y reapropiarse del ambiente (Cavalcante et al., 2018). El individuo es activo ante el entorno físico pues percibe y lee el ambiente que recorre, refiriéndose a la propiedad de legibilidad del ambiente (Lynch, 1999). Si por un lado la legibilidad tiene en cuenta las cogniciones del lector, un entorno legible es aquel que posee en sí mismo propiedades que dan tranquilidad y paz para que las personas deambulen. Equivocarse con seguridad, perderse dentro de ciertos parámetros en busca del verdadero sentido. En estos términos, moverse es una forma de abrirse a la experiencia del movimiento en el intento de reconectarse con algo perdido, lo que contradice la propuesta situacionista de invención del espacio y activación de sus virtualidades.

Además, en la investigación se establecen algunos pasos para deambular. A través de una mirada interrogativa, atenta a los detalles, se busca captar el movimiento y encontrar el *locus* de la transformación social. Elegir un punto de partida, delimitar el tiempo de deambulación, dejarse llevar por las oscilaciones de la ciudad, usar herramientas como grabador y cámara, observar los detalles con curiosidad y por último pasar los datos “a limpio”. En ese sentido, la deriva deja de ser una actividad espontánea y pasa a tener un objetivo, un itinerario de viaje, justamente aquello que los dadaístas, *flâneurs* y situacionistas intentaban problematizar. Cavalcante et al. (2018) culminan la reflexión sobre deambular:

A pesar del carácter aleatorio, espontáneo y relajado como característica inherente a la noción de deambular, en la actualidad, ante la compleja dinámica urbana que se impone a los habitantes de los grandes centros, este tipo de paseo surge como una actividad de investigación racional y programada - la deriva -, en busca de la posibilidad de comprensión de la vivencia humana en esos espacios (pp. 175, traducción propia).

Entendemos que esa apropiación de deambular es un esfuerzo importante en el sentido de construir otros modos de producción de conocimiento en el campo de las relaciones persona-ambiente. Sin embargo, parece reforzar la separación sujeto-objeto y se acerca a la idea de error en las estadísticas, que es la medida en que un dato puede hacer oscilar la media muestral en relación a la poblacional. En estos términos, se puede admitir el error del instrumento de producción de la información o el comportamiento aleatorio de la realidad analizada, siempre en busca de la homogeneidad de la curva normal.

En los términos descritos, movilidad y deambulación responden en un plano ontológico a personas y espacios como materias opuestas. Es necesaria una clara delimita-

ción entre ambos para que se aprovechen estrategias de control del ambiente y de las acciones de los individuos. Del punto de vista metodológico, se pretende producir periodizaciones que parezcan ropajes nuevos para prácticas de investigación conocidas. Al proponer tal aproximación de la idea de movilidad y deambulación, los autores se adelantan a proponer una herramienta-respuesta a un problema contemporáneo previo a la indagación sobre la naturaleza del problema al que le dan vueltas. Al final, se asume una postura estática para buscar un objeto en movimiento, ocultando las implicaciones sociales y políticas de la movilidad, así como la presencia del investigador como sujeto móvil.

Viajar a un lugar donde el territorio y la cultura son completamente ajenos al nuestro es una caja de sorpresas. Cuando llega el día del viaje, se deberán hacer otros trayectos infinitos, la vida en la ciudad lo exige. Allí, al colocar cualquier destino en *Google Maps*, la navegación no opera como de costumbre. La aplicación funciona dentro de la lógica del costo-beneficio, buscando la mejor opción de trayecto entre dos puntos. Si en la lógica predictiva esa ruta corresponde a 500 metros y cuatro minutos de caminata, en el plano de lo vivido equivale al cruce de un mercado en una maraña de calles callejones bifurcaciones casa ofertas de productos gatos cruzando ancianos conducidos por niños motos insistentes yendo y viniendo en todas las direcciones obligando al peatón a esquivarse.

¿Qué hacer cuando la herramienta principal de navegación falla? ¿Qué hacer cuando el deseo por la diferencia corresponde a la incertidumbre y al miedo? Señalar el error como método es admitir que a veces lo planeado no funciona y en lugar de anclarse en rutas ya navegadas es necesario crear a partir de lo que se tiene. Cuando el método erra, surge la oportunidad de ponerlo a funcionar.

Investigar es desplazarse: narrativas de la errancia

A primera vista, el contacto con lo diferente desestabiliza. La piel del otro es diferente, el idioma es otro, la calle es desorganizada, el tráfico es caótico, el horizonte está sucio, no hay ordenación urbanística. Desde el punto de vista del turista, el lugar se afirma por la falta y por la negación de aquello que le es propio. A los nativos les falta exactamente aquello que organiza y da sentido al modo de existir del turista.

“Do outro lado do mundo / O outro lado do mundo / Somos nós.”¹ Esta es la aporía del extranjerismo que la movilidad tiene la potencia de provocar y se expresa en el plano subjetivo. ¿Qué hacer cuando la condición para la existencia del turista es habitar un *entrelugar*? Si la figura

subjetiva del turista emerge del distanciamiento entre yo X otro, y de la negación del lugar (binomio local X extranjero) otra figura tendrá que emerger para habitar el *entrelugar*, producido por el gesto de desplazarse.

En un paisaje urbano de Marruecos, la ciudad ofrece muchas entradas. Una ciudad habita dentro de otra, se doblan, se atrincheran, se avicinan. Tiempos y espacios se superponen a las antiguas murallas de la ciudad islámica, que hoy se esfuerzan por mantener la ténue división entre lo antiguo y lo moderno. Del lado de “fuera”, todas las marcas de una ciudad occidental: clubes nocturnos, edificios, centros comerciales, tiendas departamentales. La adjetivación etnocéntrica parece inevitable: es una ciudad “normal”. En la parte antigua de la ciudad (del lado de “dentro”), ritos, tradiciones, restricciones de otros tiempos que hoy dan el tono exótico a la experiencia del turista. En gran medida, esa es la experiencia incentivada y vendida de la medina de Marrakech: hospedarse en los riads, comprar baratijas y especias en los *souks*, hacer una pausa para el té de menta.

“¡Nunca aceptes el primer precio!” indicó un amigo marroquí, y “¡ten cuidado de no comprar productos chinos!” alertó otro conocido, sugiriendo que los productos vendidos en las calles de la parte antigua podrían no ser propiamente “de allí”. Todas las sugerencias de antemano, todas las comillas, reticencias y cuestionamientos se mezclan y se confunden para producir una experiencia singular de circular por un lugar diferente al habitual. Para el turista, que sale de casa para consumir un producto turístico, poco importa la frenética carrera de extranjeros por la incorporación inmobiliaria de las casonas antiguas y su transformación en hospedaje “auténticamente marroquí”; si los productos de los mercados son producidos en masa en otro país o si están hechos por la asociación de artesanía local. Es importante que su idea de exotismo corresponda a aquello que estaba descrito en la guía de viajes.

Moverse en el espacio de la diferencia requiere el surgimiento de la figura del cartógrafo. Implica admitir que las herramientas organizadas anticipadamente pueden ayudar, pero no pueden tener la centralidad en la experiencia actual. El oficio del cartógrafo es inventar, dentro del universo de lo posible, sus propias herramientas de navegación (Passos y Barros, 2015).

Destacar que la vida en la ciudad y sus dinámicas son complejas no basta para poner en evidencia los aspectos fundamentales de la producción de conocimiento sobre y en esos espacios. Tomamos la complejidad como punto de partida. No sirve de nada lanzarse a la realidad, disponer de mapas y rutas preprogramadas para concluir que la realidad es compleja e irreductible a elementos particulares. Al contrario, nos comprometemos con el principio de que el extranjerismo y el pertenecimiento al *entrelugar* son fundadores de la realidad, y la vida en los lugares no se desvincula de la posición del/la investigador/a. Ese raciocinio produce una inflexión del pensamiento y exige el

1 Haicai do relativismo, por J. H. Balbinot. Em: *O medo de tocar o medo*, 2018, Ed. Patuá.

desplazamiento del lugar del/la investigador/a, suponiendo que éste/a es parte constitutiva del campo investigado.

El giro para las movilidades en las ciencias sociales admite la hibridación de un terreno del pensamiento bajo la forma de una perspectiva post-humanista. Se admite que la capacidad humana de pensar y actuar no está desvinculada del mundo material y que el mundo humano debe ser considerado por el acoplamiento de elementos humanos y no humanos, como edificios, máquinas, tecnologías, herramientas y objetos diversos (Büscher y Urry, 2009).

Di Masso y Dixon (2015) parecen ir en la misma dirección al defender que, como investigadores, no debemos borrar o subordinar ninguno de los elementos que constituyen las relaciones persona-ambiente. Fenómenos locales, de naturaleza socio-espacial, se dan en una especie de ensamblaje donde lo lingüístico y lo material, lo imaginado y lo real son propiedades relacionales que se producen y se modifican mutua y continuamente. Con esa perspectiva, el núcleo de análisis de las relaciones persona-ambiente es una unidad compleja que va más allá de lo puramente discursivo. Un habla es localizada y la materialidad que constituye este lugar (edificios, vallas, calles, carteles) es una fuerza constitutiva del campo, aunque algunos elementos de análisis destaquen en relación a otros.

Una posible respuesta a la pregunta de la complejidad de las movilidades y de los ensamblajes urbanos, sumamos el cuerpo-investigador que emerge en la figura del cartógrafo. El investigador-cartógrafo busca romper la barrera de la distancia y de la mirada al mezclarse en el paisaje sensitivo que recorre. Habitar el campo es la condición para que el pensamiento sea pensable y que los caminos de la investigación sean trazables. Esa figura presiona la idea de la investigación social para investigar sobre personas y movilidades, pues su condición de existencia es investigar moviéndose, lo que abre para un universo de incertidumbres metodológicas.

Si la mirada no es neutra, la perspectiva del cartógrafo exige su localización subjetiva, geográfica y social. Se trata de admitir de entrada que la perspectiva adoptada importa, que el recorte de clase importa, que en un viaje, el hecho de que el turista esté de vacaciones importa, que el hecho de estar en movimiento para acceder a objetos en movimiento es, sino un compromiso ético-político, algo constitutivo del investigar.

Importa dónde conversan dos marroquíes y quién observa esa conversación que gana intensidad a medida que el alcance de la lente se abre: dos personas aisladas, un punto de vista, distanciamiento entre los dos, una escena que conjuga a esos actores (y derrumba el argumento moderno del distanciamiento sujeto-objeto). Motocicletas, peatones, carne colgada, idiomas, gatos, olores, velocidades y miradas que se multiplican y se potencializan en la construcción de una escena en constante transformación.

Una frase atiza: *no es posible estar perdido si no sabes hacia dónde estás yendo*. La medina de Marrakech convoca a perderse, como si esa fuera la condición para encontrar aquello que se espera. El error transfigura su sentido y se convierte en guía de la construcción de un mapa. Conocer las dinámicas de la ciudad requiere apertura, permitir que el cuerpo coincida con el espacio en una experiencia de inmersión. El cuerpo se lanza a la aventura de los flujos que constituyen la ciudad y se diferencia, en la misma medida en que esta deviene de otra.

Considerar al cartógrafo como una fuerza en el campo es pensarlo también como punto móvil o estático. ¿El cuerpo se mueve con la realidad o espera a que el movimiento cese para la indagación posterior? Errar es producir variación en el campo y en el pensamiento, y una postura aséptica en relación con la ciudad no varía, condición fundamental para producción de conocimiento. Transformarse para conocer: no se puede pasar desapercibido por la ciudad, sin ensuciarse, sin afectarse, sin “heterogenizarse”. No se adentra a la ciudad para conocerla como objeto estático que convoca a la mirada del extranjero. Enmarcarla es perderla y al mismo tiempo la condición de posibilidad para la aproximación.

En esta definición de cartografía, el mapa de orientación se construye como virtualidad del presente, a medida en que se explora un territorio. De ello deriva la potencia de esta postura metodológica, que toma el error o el perderse como condición de apertura a otras dimensiones de lo sensible. Produce una inversión del sentido tradicional de la (metodo)lógica de la ciencia moderna, que presume la existencia de un camino prefijado para llegar a la verdad. Abogamos que el caminar traza sus objetivos durante el recorrido y por eso no se puede admitir la separación entre conocer y hacer, investigar e intervenir (Passos y Barros, 2015). De ahí se despliega el poder ético-político de la cartografía, pues la transformación se convierte en una condición para que se produzca la investigación-intervención.

Lanzarse al error no significa que aquello que basará la producción de un saber es lo arbitrario o sin sentido. Se trata más bien de ampliar las posibilidades de cuestionamientos que abran hacia otras vías de acceso a la realidad. Cuando conjugamos el campo de estudios de las movilidades al ambiente urbano, defendemos que el ensamblaje de investigación contempla de entrada al/la investigador/a como una fuerza que produce variaciones en el movimiento de la investigación.

Cartografiar implica moverse en el mundo de las palabras, de las cosas y de los lugares. También implica lanzarse a ese mundo desde una posición singular y producir rupturas con regímenes de conocimientos cristalizados. El embate con el mundo produce una inflexión del investigador sobre sí mismo, un pliegue de subjetivación que lo sitúa delante del no-saber, de la insuficiencia y de la necesidad de creación. Cartografiar exige hacer-con, de donde se despliega el desafío ético-político de esta pers-

pectiva de análisis.

Llegadas (¿o salidas?)

En este texto partimos de la narrativa de una experiencia singular en un lugar específico. Podrían surgir otras estrategias narrativas. Entrañarse, conocer, valerse de herramientas que estén a la mano (pies, nariz y ojos), relatar, reproducir y transmutar. Contar la historia de otra manera llevaría a otros caminos. Hicimos una apuesta a partir del léxico de la ciudad, extrajimos de ella aquello que podría servir para hacer pensar en flujos, movilidades, métodos y errancia. Esto para decir que el acto de investigar no difiere en nada de aquello que ya existe en lo cotidiano.

Optamos por el uso de la figura del turista como metáfora de la postura del investigador, siendo apropiada por psicólogos/as sociales que se aventuran en el campo de las movilidades y los estudios persona-ambiente. Por la no profundización, corremos el riesgo de reproducir falsas dicotomías que hace tiempo vienen siendo deconstruidas, como la del turista y el viajero, o métodos cualitativos y cuantitativos. La intención, ante todo, es didáctica y provocativa.

El ejercicio que nos propusimos fue tensionar el acto de mirar. A partir de la metáfora del turista, tejimos algunas reflexiones teóricas y esperamos haber contribuido en el sentido de reforzar los puentes entre estudios persona-ambiente y estudios sobre movilidades. Por un lado, enfatizar la dimensión socio-espacial de los fenómenos subjetivos y, por el otro, provocar métodos y teorías buscando acceder a la complejidad y mutación de la vida contemporánea.

La figura del turista puede remitir a la seguridad, organización, previsibilidad y reproducibilidad. Incluso cuando pretende lanzarse a lo desconocido, lo hace dentro de un cierto margen de error, apostando que encontrará el buen camino hasta su destino final. Su negativo toma forma en la figura del cartógrafo, que dibuja su mapa a medida en que explora el lugar y que apuesta a la errancia como forma de encontrarse. En ese sentido, errar como método es una apuesta: en la importancia del camino elegido por el/la investigador/a; de que ese camino, a veces imprevisible, produce variaciones en el campo y se abre a lo impensado e impensable en la investigación.

Tomando el campo investigaciones sobre movilidades, buscamos defender el argumento de que la investigación social no es descriptiva del funcionamiento de la realidad, sino productiva (Law y Urry, 2004). De ese modo, tensionar los límites metodológicos de la investigación en psicología social es proponer parámetros éticos y políticos para nuestras agendas de investigación, pues al narrar determinada realidad, nos involucramos radicalmente en su proceso productivo.

- Büscher, M. y Urry, J. (2009). Mobile methods and the empirical. *European journal of social theory*, 12 (1), 99-116.
- Cavalcante, S. Mourão, A. y Gunther, H. (2018). Perambulante. In S. Cavalcante y G. Elali (orgs.). *Psicologia ambiental: conceitos para a leitura da relação pessoa-ambiente*. Petrópolis, RJ: Vozes.
- Cavalcante, S., Mourão, A. y Ferreira, K. (2018). Mobilidade. In: S. Cavalcante y G. Elali (orgs.). *Psicologia ambiental: conceitos para a leitura da relação pessoa-ambiente* (pp. 141-148). Vozes.
- Cresswell, T. (2006). *On the move: mobility in the modern western world*. Routledge.
- Di Masso, A. y Dixon, J. (2015). More than words: place, discourse and the struggle over public space in Barcelona. *Qualitative Research in Psychology*, 12, 45-60.
- Guba, E. y Lincoln, Y. (2002). Paradigmas en competencia en la investigación cualitativa. In C. Denman, y J. A Haro (comps.). *Por los rincones: antología de los métodos cualitativos en la investigación social*. (pp. 113-145). Colegio de Sonora.
- Law, J. y Urry, J. (2004). Enacting the social. *Economy and Society*, 33 (3), 390-410.
- Lynch, K. (1999). *A imagem da cidade*. Edições 70.
- Sheller, M. y Urry, J. (2006). The new mobilities paradigm. *Environment and Planning A*, 38, 207-226.
- Urry, J. (2002). *The tourist gaze*. London: SAGE Publications.

Referencias